

cualquiera intriga para que entre en el Ministerio de España. Respondo de que ayudará poderosamente a su suegro el Conde de Aranda a formar un nuevo siglo.»



III

CORRIERON aquellas alharacas de Voltaire por todos los centros y conventículos del filosofismo, y tan arraigado quedó en la opinión el estigma que en Mora y Villahermosa imprimían, que muchos años después, autores tan sensatos y concienzudos como el abate Barruel, les incluían sin titubear en la lista de los grandes señores volterianos que tomaron parte en la propaganda impía y revolucionaria de esta verdadera secta. «En aquella España, tan desdeñada por Voltaire, dice Barruel en sus *Memorias sobre el Jacobinismo*, existía, sin embargo, un Conde de Aranda, que él mismo llamaba *favorito de la filosofía*, y que diariamente iba a enardecer su celo, con D'Alembert, Marmontel y otros adeptos mayores, a

casa de Mlle. de Lespinasse, la más querida de sus adeptos hembras, cuyo salón competía casi con la Academia Francesa. Contaba también España con otros duques, caballeros y marqueses, grandes admiradores de los sofistas de Francia, *y contaba, sobre todo, con el Marqués de Mora y el Duque de Villahermosa*. En este mismo reino, que consideraban los conjurados tan poco dispuesto aún para recibir su filosofía, se fijaba ya D'Alembert muy especialmente en el Duque de Alba, del cual escribía Voltaire: «Uno de los más grandes señores de España, hombre de mucho talento y el mismo que fué Embajador en París con el nombre de Duque de Huéscar, acaba de enviarme veinte luses para vuestra estatua. Condenado, me dice, a cultivar en secreto mi razón, aprovecho encantado esta oportunidad de dar un público testimonio de mi gratitud al grande hombre que mostró el camino antes que nadie.»

Nada, sin embargo, tan calumnioso como este aserto de Barruel, en lo que se refiere al Duque de Villahermosa, ni nada tan exacto en lo tocante al Marqués de Mora, víctima nada inocente, pero al fin y al cabo víctima de su amistad con un filósofo y sus amores con una

filósofa. Historia curiosa ésta, y muy poco conocida, que nos proponemos narrar, porque ella arranca su máscara de falsa honradez al Catón del enciclopedismo, pone de manifiesto la asquerosa falsedad de su celebrada ninfa Egeria, y derriba al infeliz Mora del pedestal de grande hombre en que le habían encaramado a la fuerza la vergonzosa debilidad de aquel amigo, D'Alembert, y los entusiasmos libidinosos de aquella enamorada, la Lespinasse.

La inocencia de Villahermosa pruébese fácilmente con sólo echar una ojeada sobre su vida, que podemos seguir paso a paso. Nada revela, en efecto, tan a fondo el carácter de una persona, como aquellos documentos escritos en esos momentos de expansión o necesidad, en que el alma parece abrirse y vaciarse en la carta íntima dirigida a un amigo, o en las páginas del diario destinado a consignar hechos, reflexiones o sentimientos. Encuéntranse, por decirlo así, esparcidos entre aquellos recuerdos de otra época los restos de la persona que los escribió, y puédesse fácilmente unirlos y ordenarlos y reconstruir aquel ser moral que se levanta entonces en la imaginación tal cual era, vivo y entero, como un muer-

to que entreabriese su sepulcro para trabar conocimiento con la posteridad, y hacerle al oído sus confidencias y referirle los hechos y secretos de su vida y de su tiempo.

Así hemos conocido nosotros al Duque de Villahermosa y seguido su vida paso a paso: a la vista tenemos su correspondencia íntima y el diario llevado por él desde los primeros años de su juventud hasta diez y seis días antes de su muerte; páginas auténticas, a través de las cuales aparece primero el joven *hereu* de la casa más ilustre de Aragón, rebosando salud, vida, arrogancia, entereza aragonesa, filosófica despreocupación, moda del tiempo; engolfándose en todos los placeres y aun en todas las liviandades de la mocedad, mas dominando siempre al corazón la cabeza, porque es frío; enfrenando el orden a la prodigalidad, porque es prudente; manteniendo incólume lo que, según el criterio del mundo, constituye el honor y el lustre de una gran casa, porque, aunque olvida a veces la ley del cristiano, siempre tiene presente la ley del caballero. Viene luego el hombre ya maduro, conteniendo con mano fuerte los bríos de una juventud harto prolongada, trocando la franqueza nativa por la reserva, y hasta la suspicacia del

diplomático, buscando friamente en el matrimonio, más que los goces del corazón, la esperanza de un heredero; en las Cortes y en las letras, más que la ambición de brillar, el anhelo de añadir gloria propia a la gloria heredada; en el fondo del alma los restos de una fe que creía muerta, que estaba sin duda enterrada, pero enterrada viva, bajo ímpetus de juventud no sujetos y doctrinas filosóficas por moda aceptadas; encontrando al cabo esta fe bajo el influjo de la santa compañera que le tocó en suerte, y conservándola con amor y con respeto en la práctica de todas las virtudes hasta el fin de sus días, como alhaja dos veces preciosa, por ser hallada después de perdida.

Tal aparece en sus diversas épocas el Duque de Villahermosa, verdadero tipo del gran señor español del siglo XVIII, *éclairé*, como se decía entonces, que lamenta y critica el atraso de su patria entre extranjeros, y la ama con todos sus defectos entre los suyos; que hace alarde de despreocupación, que llega a no practicar y hasta *creer que no cree*, y es profundamente religioso en el fondo del alma; que acepta y aun propaga las niveladoras doctrinas políticas del filosofismo, y es monárquico

como Felipe II, aristócrata hasta la medula de los huesos, y consagra su vida entera a aumentar con su valer y sus esfuerzos propios el prestigio de su privilegiada clase, y a impedir que pasen el poder y los honores a manos de los golillas, *burgueses* que diríamos hoy, de aquella época y aquel reinado.

Conocido de todos fue el Duque de Villahermosa en los reinos de Aragón y de Navarra, cuando en los primeros años de su juventud llevaba tan sólo el título de Conde de Guara. Dió allí muestras de mozo de provecho y también de hartos bríos, y manifestó ya su afición a las letras entonando décimas y madrigales a una tal D.^a Pepita, pamplonesa, dama de poco fuste, que si no le conquistaron el laurel de Apolo, conquistáronle al menos los panegíricos de D. Pedro Daoiz, padre éste de la ella, que sin duda vislumbró esperanzas de yerno en la inspiración del poeta. Como oriundo de Aragón y grande de primera línea, declaróse Guara por el partido opuesto al de los *golillas*, el partido *aragonés*, cuyo jefe era el Conde de Aranda, su amigo y deudo cercano. Conoció éste las esperanzas que el mozo ofrecía, y quiso atraerle a sí, aproximándole al viejo Duque de Villahermosa, tío de ambos, de cu-

yos estados y títulos era Guara el heredero. En Abril de 1756 escribía Aranda al Conde de Guara: «Si mi tío el Duque de Villahermosa fuese accesible a mis insinuaciones, aún le propondría yo que te trajese a su compañía y tratase como su preciso inmediato heredero: pues logrando tú las apreciables circunstancias personales que te adornan, te sería más fácil producirlas, para proporcionarte ser empleado con tu sobresaliente capacidad: haré lo posible por explicarme, pero ten paciencia y nada hables hasta que yo pueda avisarte la resulta de mi proposición. Avisame y prevénme lo que te ocurra para poderte conducir, y manda en cuanto yo valiere.»

Oyó el viejo Villahermosa las insinuaciones del Conde de Aranda, y trájose a Madrid al sobrino; señalóle alimentos de heredero inmediato, y dióle rienda suelta en aquel ancho campo de la Corte, donde tan ampliamente podía lucir sus méritos, lograr sus deseos y satisfacer sus pasiones. No se descuidó Guara en aceptar lo que tan de grado le ofrecían, y dejóse al punto de décimas y madrigales, para dedicarse al estudio de los autores enciclopedistas que comenzaban entonces a penetrar en España, y olvidarse, como consecuencia inme-

diata, de sus platónicas amistades con D.^a Pepita, para trocarlas por otras más positivas, de las cuales fue la más sonada la de aquella famosa Mariquita Ladvenant, actriz del Corral del Príncipe, de quien escribió Jovellanos en su epístola a Arnesto sobre los vicios de la Corte:

Harate de Guerrero y la Catuja,
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz haciendo estrellas,
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordará con lágrimas... (1).

Faltaba al Conde de Guara la pincelada maestra, según aquellos tiempos, en la formación de un hombre de calidad, el toque de su

(1) La comedianta María Magdalena Ladvenant, viuda de Manuel de Arribas, fue célebre por su talento artístico y por su vida licenciosa. Murió en la flor de su edad el 1.º de Abril de 1767, dando un gran ejemplo de edificación que merece consignarse. Arrepintiósse tan de veras en este trance supremo de sus pasados extravíos, que mandó llamar al P. Agustín de Barenilla, de los Clérigos Menores del Espíritu Santo; hizo confesión general de toda su vida con grandes muestras de contrición, y firmó un acta, que tenemos a la vista, en que da públicas muestras de arrepentimiento y revela un importante secreto de su vida. El mismo P. Agustín de Barenilla dice en carta de 10 de Abril de 1767: «Las señales que hasta el último instante de su vida dejó

premo buen tono en todo joven de la aristocracia: el viaje a París. Emprendiólo, pues, Guara a principios de 1763, agregado, por gracia del Rey y favor de Grimaldi, a la Embajada del Conde de Fuentes; murió a poco el viejo Villahermosa, y en posesión ya de su rica herencia, con amigos poderosos en Madrid, altos apoyos en Versalles, nombre ilustre, gruesas rentas, talento cultivado y figura arrogante, agasajáronle en la Corte, abriéronle de par en par las puertas de los salones, y los filósofos batieron palmas, creyendo encontrar en el joven Duque otro Conde de Aranda, acaso el único *impío de verdad* que existió por aquel tiempo en la Grandeza de España.

Y nunca lo fue, ciertamente, el Duque de Villahermosa; quizá alguna vez creyó él mismo serlo, por aquello que dijo Montaigne: *l'homme se pipe*, se hace trampas a sí mismo, y procurando tomar por dudas reales de su

esta señora, fueron de su cierta predestínación, pues aprovechó tanto las luces de su gran entendimiento, que no me queda duda de que está descansando en la gloria.» Mariquita Ladvenant dejó al morir cuatro hijos, todos pequeños: María y Silveria, Perico y Paco, que quedaron desamparados, y fueron recogidos, respectivamente, por las Duquesas de Huéscar y Benavente, el Duque de Arcos y el Conde de Miranda.

entendimiento lo que sólo es rebeldía de sus pasiones, orgullo de su corazón, llega, según la frase de De Maistre, a *creer que no cree*. Hay una página en el diario de Villahermosa que así lo demuestra: «En el día 24 de Enero de 1769, dice, cumplí treinta y nueve años, y entré en los cuarenta, por consiguiente, sano, sí, pero no menos incierto de lo futuro...»

Y a continuación, terminando entre renglones la misma frase, con tinta de otra época, esta coletilla, este apéndice escrito más tarde, en edad madura, no como confesión clara del escéptico que encuentra su fe y la proclama, sino como palinodia tácita del hombre que creyó no creer, y reconoce al fin que creía... «*sobre el tiempo que me queda que vivir.*»

Cierto que aparece Villahermosa lector asiduo y suscriptor constante de todas las obras de los enciclopedistas; pero también lo es que en Junio de 1766 pide a Azara le alcance en Roma del Padre Santo licencia para leer libros prohibidos, y Azara, que era de los *impíos de verdad*, desvergonzado y cínico, le contesta en mal francés, según la moda de los elegantes ilustrados, insultando al piadoso pontífice Clemente XIII: «Estoy dispuesto a mandar a Vm. cuantos pergaminos quiera; pero debo

decirle que el permiso del Papa para leer libros prohibidos no es posible alcanzarlo en el pontificado de este *Tartufo*. Felizmente, no nos incomodará mucho tiempo, porque está muy próximo a tender el vuelo a su paraíso; y su sucesor, que, según la regla general, hará todo lo contrario que éste, nos dará bonitas dispensas. Mientras tanto, podré enviar a Vm. cuando quiera el despacho de la Congregación general del Índice, que para el efecto es lo mismo, pues esta Congregación es superior a todas las Inquisiciones, y aun al Tribunal de Roma. Aviseme lo que desea y será servido sin dilación.»

Y más tarde, el 17 de Septiembre, añade: «He pedido el permiso del Índice que deseaba Vm., y me lo han prometido para uno de estos días; en cuanto lo reciba cuidaré de enviárselo, para que salga cuanto antes del mal estado en que se encuentra por haberse comido tantas excomuniones. Yo me he tragado tantas como Vm., y, a pesar de todo, me encuentro muy bien; sin duda, la fuerza y la actividad de los ácidos del estómago es lo que hace mejor o peor la digestión.»

Cierto también que frecuenta Villahermosa el trato de los filósofos, y emprende la pere-

grinación a Ferney para tributar a Voltaire su homenaje; pero también lo es que tiene el noble atrevimiento, estupendo entonces, de recibir en su casa de Turín, siendo Embajador, a dos jesuitas desterrados, de mantener correspondencia con varios de ellos, crimen de lesa majestad, según el decreto de Carlos III; de proclamar solemnemente patrón de sus estados a San Francisco de Borja, a poco de haber prohibido a la Duquesa, la *ilustrada tolerancia* del Rey Católico, llevar hábito de San Francisco Javier, por ser este santo, santo jesuita. ¡Extraño incrédulo aquél, que hace voto a la Virgen Santísima de reedificar su iglesia de Pédrola, si le conserva la vida de su hijo primogénito siquiera hasta los cinco años!

No fue, pues, muestra de impiedad, sino de curiosidad y moda del tiempo, la visita a Ferney que en el anterior capítulo hemos descrito... Un mes después, el 1.º de Junio de 1769, casábase Villahermosa con la hermana menor de su compañero el Marqués de Mora, doña María Manuela Pignatelli, y bajo la influencia de esta santa e ilustre mujer, fuéronse disipando en su ánimo toda otra clase de influencias impías, poco a poco y sin esfuerzo ni violencia, ni ninguna de esas crisis o sacudimien-

tos que preceden, por lo común, a las conversiones de grandes pecadores; hizose, por el contrario, este maravilloso trueque suavemente, por su propio peso, con la naturalidad con que la fruta madura cae del árbol a impulsos de una savia oculta que le ha prestado calor y fragancia; con el descanso con que el navegante dormido llega a la playa, y allí se encuentra sin notar que debe su arribo al trabajo y la fatiga de los brazos que remaban.

El 17 de Marzo de 1779, hallándose Villahermosa de Embajador en Turín, hizo su confesión general con un padre barnabita llamado Felipe Grana, y el 1.º de Octubre, al comenzar el tercer tomo de su diario, que tenemos a la vista, escribe lo siguiente: «Como en otro tiempo, y cuando seguía una vida solamente mundana, he puesto lo que hacía todos los días durante un mes, ahora que por la misericordia del Señor pienso de otro modo, y por si acaso hay alguno que tenga la paciencia de leer este tan voluminoso diario, que ya con éste tiene tres tomos en folio, me ha parecido conveniente quitar el mal ejemplo que aquella vida disipada haya podido dar, y es mi animo escribir aquí todo lo que haga en cada uno de los días de este mes, para que se

vean en parte las misericordias que el Señor ha obrado en mí, sin embargo de la imperfección de las buenas obras que haya podido ejecutar, que es grande y mucho mayor mi ingratitud hacia el Padre celestial, a cuya mayor honra y gloria debía emplear todos los momentos de mi vida. Esto es lo que hice el día primero, etc., etc.»

Y desde entonces hasta su muerte la vida de Villahermosa se deslizó sosegada y tranquila, al tenor de la de la Duquesa, en el ejercicio de la piedad y la práctica de cristianas obras. He aquí, como muestra de esta vida ordinaria, una página de su diario de esta época, abierto al acaso, que es, sobre poco más o menos, lo que hacía todos los días: «14 de Octubre.—Me levanté a las siete, y hechos mis ejercicios de la mañana, y habiendo hablado de las cosas de la casa con mi mayordomo, me vestí y leí las cartas del correo, que no contenían nada de importancia. Me fui al Espíritu Santo a misa, y allí hice mis devociones; volví a casa, donde hablé con el contador de varios asuntos, y volviendo a salir a las doce, fui a los Aflijidos a las Cuarenta Horas; después a casa de Alcolea y a casa de Villafranca; a las dos comí con Ramos y Heredia. A las

cuatro me fui a la Academia Española, hasta las seis; a esta hora a casa de Campomanes, para hablarle sobre la tutela del Conde de Fuentes y sobre la facultad Real para vender bienes vinculados; pasé de allí a casa de la Marquesa viuda de Fontanar, donde estuve hasta cerca de las nueve, que volví a casa, y con la Duquesa y D. Juan Pacheco pasé lo restante de la noche hasta las diez, hora en que subí a mi cuarto, hice mis devociones y me acosté.»

A esto se redujo todo el filosofismo del Duque de Villahermosa, y ciertamente que no le hubiera impetrado Voltaire las bendiciones de su *Ser de los seres* si hubiese podido sospechar que su catecúmeno de Ferney había de concluir como el más vulgar de los católicos, oyendo misa diaria, comulgando dos veces a mes, rezando las Cuarenta Horas y perdiendo la vida, por caridad a los pobres, cuando el incendio de la Plaza Mayor en 1790.
